

SITUACIÓN DE LA ECONOMÍA VENEZOLANA. PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA GLOBALIZACIÓN

Armando Córdova
ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Ponencia central del Foro: *FACES responde a los retos*,
realizado en la Universidad Central de Venezuela, Caracas,
en noviembre de 1998.

PRESENTACIÓN

Compañeros profesores y estudiantes. Señoras y señores:

Saludo con mucha satisfacción el inicio de este foro agradeciendo al Decano, tanto la cordial invitación a presentar la ponencia de apertura como sus elogiosas palabras de *presentación*.

El tema que se me ha pedido desarrollar es el de esbozar una presentación global de la problemática económica actual del país, que podría servir de marco general, al análisis de los aspectos más específicos que tratarán sucesivamente los demás ponentes.

El obligado punto de partida de mi exposición, es la inevitable referencia a la profunda crisis estructural que ha estado viviendo Venezuela durante los últimos veinte años, fenómeno que, si bien tuvo su origen en el ámbito económico, ha terminado por propagarse a todas las demás instancias del orden social, político e institucional, hasta llegar a alcanzar en la actualidad, un preocupante punto crítico en el cual, o somos capaces de cambiar el rumbo de ese proceso de creciente infuncionalidad societaria, o nos exponemos a caer en una caótica imploración económica, política y social de pronóstico reservado.

Se impone pues, como condición necesaria para reconquistar la esperanza de recobrar las expectativas de armonía, coherencia y seguridad en el futuro de nuestro país, la necesidad de construir, sobre la marcha, una estrategia integral, es decir, económica, social, político e institucional, capaz de ayudarnos a superar positivamente, esa dramática alternativa entre el caos desestabilizador y la reestructuración económica de nuestra organización societaria.

Una importante constatación previa es que, esa estrategia no puede limitarse a la simple articulación de políticas internas, ya que, en el mundo en que vivimos, las variables exógenas derivadas de la evolución de la economía internacional, afectan de modo tan directo y profundo las condiciones de operatividad de las políticas nacionales, que se hace necesario diseñar también respuestas puntuales que nos permitan afrontar, en forma permanente, el conjunto de retos, amenazas y oportunidades, provenientes de un entorno económico internacional conflictivo, inestable e incierto. Esta observación es válida, no sólo para el caso de Venezuela, sino de todos y cada uno de los países del sistema global. De allí que, el diagnóstico que sirva de punto de partida al diseño estratégico deba ser capaz de articular, simultáneamente, la visión de lo nacional y de lo internacional; así como de tomar en cuenta, las particularidades de los específicos sistemas de relaciones que se establecen entre ambas esferas en cada caso nacional concreto.

Partiendo de esa idea básica, voy a referirme por separado en primer lugar, a las características que asume en el momento actual, la crisis económica nacional, así como a sus relaciones con el ámbito social, político e institucional; segundo, al estado actual de la economía mundial y a sus posibles efectos sobre las condiciones de superación de la crisis nacional.

LA SITUACIÓN ACTUAL

Comenzaré por recordar aquí, que hace apenas un año, en noviembre de 1998, el país parecía presentar muy optimistas expectativas para iniciar en 1999 un repunte de la actividad económica nacional. Pdvsa auguraba una tasa de crecimiento del PIB petrolero de un 7,0% para dicho año. Por su parte, tanto el gobierno nacional, como las instituciones multilaterales estimaban que el PIB total iba a expandirse en alrededor de 5,5%. Parecía, pues, que estaban dadas las condiciones para reiniciar con buen pie la recuperación del crecimiento económico.

De igual manera, Conindustria anunciaba una importante recuperación de la producción industrial propiciadora de un considerable incremento del empleo sectorial. Eran también promisorias las perspectivas de la construcción, pública y privada. Sólo el sector agrícola mantenía su tendencia recesiva, pero se auguraba, que la reactivación general de la actividad económica terminaría por incorporar a dicho sector.

Hoy, en cambio, observamos el desplome de tan entusiastas expectativas. En lugar del crecimiento estimado de 7% en el PIB petrolero, una caída de -2,2%. En lugar de un alza de 5,5% en el PIB total, una baja estimada entre -2%

y -3%. En cuanto a la evolución de la demanda, que presentaba un comportamiento decididamente expansivo a fines del año pasado, sobre todo en el sector de bienes durables de consumo, (en particular el de automóviles y electrodomésticos), se vive hoy una notable contracción. Ha subido, en cambio, la tasa de desempleo y han descendido los salarios reales, con graves consecuencias sobre las condiciones de vida de la población. Para completar el cuadro depresivo, se anuncian nuevas desmejoras de todos esos indicadores para el próximo año de 1999.

Cabe preguntarse entonces: ¿cuál era el fundamento de las optimistas expectativas que nutrían hace un año? Y, sobre todo, ¿cuáles fueron las razones de su frustrado incumplimiento?

La primera pregunta, nos lleva a considerar la situación de la economía nacional en aquel momento. Se destacaban entonces, no sólo las promisorias perspectivas expansivas del sector petrolero, tanto en términos de crecimiento de sus exportaciones, como de los efectos dinamizadores sobre el resto de la economía que ejercería la apertura petrolera; sino también, el inicio de una nueva política industrial concertada entre el gobierno y los empresarios privados, con expectativas de que se sumaran a ese consenso, otros sectores de la sociedad civil. Esa nueva política industrial articulaba un conjunto de políticas horizontales, orientadas a incrementar la productividad de los sectores ya existentes, con otras de orientación sectorial (políticas verticales), dirigidas a impulsar un nuevo tipo de industrialización sustentada en el aprovechamiento de las ventajas comparativas naturales del país. Esa política industrial, comenzó con la sustitución del Ministerio de Fomento por el Ministerio de Industria y Comercio, reestructurado entonces con la finalidad de mejorar sus posibilidades de ejecutarla. Quiero destacar aquí, particularmente, la importancia de las políticas verticales que apuntaban al desarrollo, aguas arriba y aguas abajo de la actividad petrolera y petroquímica, del sector siderúrgico, del aluminio, del maderero y del hidroenergético. Un conjunto de nuevos subsectores productivos concebidos para generar crecientes niveles de valor agregado a esos productos básicos, incrementando no sólo el valor de la producción nacional competitiva, sino también, el empleo y las posibilidades de una mayor integración interna de la economía nacional.

Para aquel entonces, ya se habían logrado algunos avances iniciales en esa nueva política industrial, tanto en términos de la creación de sus bases institucionales, como de la puesta en marcha de algunas de esas cadenas productivas.

Se completaba así, el cuadro de razones que nutrían el optimismo generalizado que privaba a fines de 1997 respecto a las perspectivas de crecimiento

económico y bienestar social para el año siguiente. Había también algunos elementos que, se suponía, iban a limitar las posibilidades de expansión productiva, entre las cuales se destacaba la ausencia de una política capaz de incorporar al deprimido sector agrícola al cuadro general de expectativas expansivas; pero en síntesis, las razones citadas fueron capaces de servir al optimismo dominante en aquel momento.

En cuanto a las razones del súbito derrumbe de esas esperanzas de reactivación económica, hay que destacar un factor determinante: la caída en picada de los precios del petróleo, en contradicción con las difundidas previsiones alcistas de Pdvsa, aspecto sobre el cual se volverá en la segunda parte de este trabajo. Hay que agregar, todavía a esa respuesta, un importante elemento complementario: la ausencia de una auténtica política de Estado para el manejo de la volatilidad de los precios petroleros. Es ahora, cuando hay muy poco que hacer, cuando se ha creado el Fondo de Estabilización Macroeconómica.

La estrategia capaz de conducirnos a la recuperación económica y social del país debe partir, por supuesto, de ese deprimente cuadro coyuntural, pero sin olvidar en ningún momento las más profundas razones estructurales de la crisis en curso y, en particular, el conjunto de relaciones multicausales y recíprocas entre sus aspectos económicos, sociales, políticos e institucionales; situación que obliga a un tratamiento simultáneo de todos ellos. De los sociales, porque el creciente deterioro de las condiciones generales de vida de la población constituye un factor condicionante del resultado final de las políticas económicas del enfoque estratégico; de los aspectos institucionales, porque el cambio económico tendrá que ir acompañado de la eliminación de viejas instituciones y de la creación de otras nuevas; y de los aspectos políticos, porque en las actuales condiciones de desconfianza en la capacidad y confiabilidad del sistema político vigente para superar los problemas del país, resulta prácticamente imposible, ganar a la población para una incorporación activa y entusiasta al cumplimiento de las exigentes tareas que está planteando la superación de los complejos componentes económicos, sociales e institucionales de la crisis societaria que vive el país.

Planteada la cuestión en esta forma, el objetivo de la nueva estrategia supera el mero ámbito económico para definirse como un objetivo múltiple: la superación de la crisis integral que vive el país, precisión que subraya el elevado grado de complejidad que deberá tener el planteamiento estratégico.

Comenzaré por establecer el carácter prioritario que tiene, en los actuales momentos, el diseño y aplicación de un eficaz Programa de Estabilización Macroeconómica; no sin antes, avanzar una necesaria aclaratoria. Para las más relevantes corrientes del pensamiento económico convencional, en particular

para el enfoque neoliberal-monetarista, la estabilización macroeconómica constituye el aspecto central de toda política de crecimiento económico, partiendo del supuesto de que, una vez logrados los ajustes, el propio mercado potenciado con el desarrollo de políticas horizontales capaces de reformar su dinámica, se encargaría automáticamente, de impulsar la producción y la demanda. Desde mi punto de vista, en cambio, el ajuste macroeconómico inicial constituye una condición necesaria, pero no suficiente, para el reinicio del crecimiento económico, ya que esos equilibrios no son capaces, por sí mismos, de sostenerse indefinidamente, si no se atacan simultáneamente las causas esencialmente estructurales de la crisis. Así lo demuestra la precariedad temporal de los resultados de las políticas de ajuste de los dos últimos gobiernos. Consideramos pues, al Programa de Estabilización Macroeconómica como un necesario punto de partida, pero que no será capaz de alcanzar los objetivos de crecimiento si no va acompañado de las transformaciones de fondo que está exigiendo nuestra estructura productiva.

Hecha esta necesaria aclaratoria, pasaremos a precisar la situación macroeconómica actual. En primer lugar, se estima que el país presente al finalizar el año (1998), un déficit fiscal de 2% a 3% del PIB; a pesar de todos los recortes del gasto ya realizados, tanto por el gobierno como por Pdvsa. Por su parte, las proyecciones para 1999, superan el 5% del PIB; con un consiguiente efecto potenciador de la inflación, y de los deprimentes efectos sociales de la crisis. En segundo lugar, la situación actual de las tasas de interés dificulta la reactivación del aparato productivo y la salud misma del sistema bancario. Finalmente, se destaca la incertidumbre cambiaria como uno de los aspectos de mayor incidencia en la evolución de las expectativas de recuperación de la economía nacional.

El cuadro macroeconómico es, pues bastante comprometido. Y así va a permanecer, sin mayores modificaciones, hasta que, en febrero del año próximo, tome posesión el nuevo gobierno. Hasta entonces, los agentes económicos van a estar a la expectativa de las nuevas decisiones en materia de política económica. Ya desde el día después de conocer los resultados electorales, estarán a la caza de cualquier elemento indicador de lo que será realmente esa política. De allí, la recomendación de cautela al nuevo presidente, en cuanto a sus declaraciones públicas durante los dos meses que lo separarían del ascenso al poder.

Un ejemplo a la vista, respecto a la necesidad de prudencia en las declaraciones iniciales del nuevo presidente, está en el reciente intento especulativo para presionar al alza de la tasa de cambio del bolívar. Algunas actitudes de Pdvsa, basadas en la certeza de que antes de las elecciones se produciría una maxidevaluación del bolívar, motivaron a muchos operadores económicos a endeudarse con la banca, a tasas de interés de 40% para comprar dólares. Como sabemos, no hubo tal devaluación, lo que se tradujo en una cuantiosa pérdi-

da por parte de los especuladores, debido a que se vieron obligados a vender dichas divisas a precios que no compensaron los intereses de los créditos solicitados para adquirirlas. Debe quedar claro, sin embargo, que ese fue sólo un episodio en la evaluación de la evolución del mercado cambiario en el que los especuladores intentan sacar partido del cuadro de desequilibrios macroeconómicos. La prueba de fuego va a venir una vez que, el nuevo gobierno anuncie su política de estabilización.

En este aspecto, una de las decisiones de mayor incidencia sobre las expectativas generales va a ser, sin lugar a dudas, las que se tomen para afrontar las represadas solicitudes de los trabajadores en materia de incrementos del salario mínimo, en la discusión de los nuevos contratos colectivos y en el cobro de los pasivos laborales, solicitudes todas que tienen fundamentos legales y cuyo cumplimiento, forma parte importante de las promesas electorales del candidato con mayores posibilidades de resultar triunfador en los próximos comicios.

La decisión en este importante aspecto tendrá efectos directos sobre el balance fiscal, sobre el comportamiento de los índices de precios y sobre la dinámica del empleo. Aquí también hay que invitar a la cautela. En uno de los documentos del programa, presentado por el candidato Chávez Frías, por ejemplo, se habla de un incremento de 100% en el salario mínimo, cifra que parece excesivamente elevada, tanto en términos de sus efectos sobre las cuentas fiscales, como sobre los balances microeconómicos del sector privado, bastante golpeado por la crisis en curso.

Estoy consciente de que se trata de un tema delicado, ya que plantea una evidente contradicción entre las exigencias de justicia social y la estabilidad económica del país; entre la necesidad de compensar a la gran mayoría de la población de los enormes costos a que la han sometido los programas de ajuste y la creación de las condiciones para el crecimiento. En ese aspecto, considero que la política del nuevo gobierno debe buscar un adecuado punto medio: ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbré.

Pensando, como pienso, que el candidato ganador va a ser el Comandante Chávez, quien tiene a su favor una elevada confianza por parte de la gran mayoría de los venezolanos, le sugeriría desarrollar una política comunicacional dirigida a convencer a la población de la necesidad de esperar algunos meses por la mejora de sus remuneraciones laborales y, mientras tanto, desarrollar programas de acción dirigidos, en el corto plazo, a moderar la coyuntura económica recesiva que hoy se vive, y en el mediano y largo la plazo, la puesta en marcha de las políticas de reestructuración productivas, que apunten a la superación de la crisis económica, con especial énfasis en la actividad industrial.

De lo contrario, podría ser peor el remedio que la enfermedad. Se agravaría el déficit fiscal, se acrecentaría el peligro de acentuar aún más el proceso inflacionario y de aumentar el desempleo; todo lo cual, terminaría por reflejarse negativamente sobre la situación cambiaria confirmando las expectativas devaluacionistas de los especuladores.

En cuanto a la decisión sobre política cambiaria, que es otro de los aspectos cruciales del nuevo programa económico, los agentes económicos privados, en especial los que operan en los mercados financieros avizoran dos escenarios alternativos. La primera que se continúe con el vigente sistema de bandas. El segundo, que se establezca una tasa de cambio fija, lo que permitiría controlar las tasas de interés; pero exigiría también, algún grado de control de cambio que exigiría medidas de gran dureza para controlar la especulación y las prácticas de corrupción, que están implícitas en todo sistema de control de cambios.

Hago esta observación con cierto conocimiento de causa. Como saben ustedes, formé parte de la Junta de Administración Cambiaria, creada en 1994 para afrontar los efectos desestabilizantes de la crisis financiera de entonces, en unión de personas tan honorables como los profesores Maza Zavala y Pedro Miguel Paredes, así como del magistrado Duque Corredor; profesionales todos que gozan de un amplio respeto nacional. Pues bien, puedo decirles que fueron muchos los intentos de corrupción que allí se dieron, la mayoría fallidos, pero también algunos exitosos que, por muy diversas razones, no nos fue posible desenmascarar.

Sobre la decisión final que se tome en ese aspecto es muy difícil opinar, por ahora. Ninguna política cambiaria puede garantizar su eficiencia en sí misma, sino que debe ser considerada dentro de un programa integral de políticas macroeconómicas.

Lo que sí puede afirmarse desde ya, es que, para defender el programa macroeconómico que finalmente se decida, el gobierno deberá afrontar un conjunto de problemas iniciales de cuya solución dependerán sus resultados finales.

En primer lugar, debe ser capaz de crear una poderosa correlación de fuerzas económicas dispuestas a brindar un activo y sólido apoyo a su programa estratégico. No será posible que el nuevo presidente resuelva la compleja crisis integral que vive el país, si no es capaz de mantener y ampliar el apoyo solidario de la gran mayoría de los venezolanos que le dieron su voto. De lo contrario será finalmente derrotado por los sectores adversos. En otras palabras, el Presidente debe convocarnos a superar esa crisis integral mediante una estrategia también integral, sostenida en la amplia participación de todos los sectores comprometidos con el cambio.

En este aspecto los sectores laborales deben jugar un papel crucial, aceptando dar al gobierno un plazo prudencial para la satisfacción programada de lo que ahora son sus expectativas inmediatas.

En segundo lugar, el gobierno debe emprender, simultáneamente acciones tendentes a reforzar a corto plazo la capacidad empleadora del sector privado. En este aspecto, al lado de ese programa de desarrollo industrial concertado con los empresarios privados que está en proceso, y que debe ser mejorado y acelerado, el gobierno debe abordar un programa coyuntural de relanzamiento de la pequeña y mediana industria, y de la construcción, en particular, de aquellas empresas ligadas a desarrollo de los llamados Grupos Líderes de Actividad donde reposan las ventajas comparativas naturales del país, es decir, empresas aguas arriba y aguas debajo de la industria petrolera, la petroquímica, la industria maderera, la de aluminio y de aquellos sectores que puedan reforzar su competitividad mediante el aprovechamiento de las facilidades que brinda el sector hidroeléctrico.

Un importante aspecto de esa política de fortalecimiento de pequeñas y medianas industrias es, el de brindar facilidades crediticias buscando los fondos donde sea posible. Pero, además, profundizar el conjunto de políticas horizontales que fortalezcan su capacidad de desarrollo.

En tercer lugar, el gobierno debe emprender, desde el día después de conocerse los resultados electorales, las negociaciones necesarias para cambiar el perfil temporal de vencimiento de las obligaciones de la deuda externa pública. Es sabido, que esos compromisos tienen un alto grado de concentración durante los próximos tres años, de lo cual resulta una presión insostenible en las actuales circunstancias, sobre el presupuesto nacional. Esta decisión es importante, porque el servicio de la deuda externa es el elemento que mayormente determina la magnitud del déficit fiscal de la nación. Bastaría que, mediante esas gestiones, puedan bajarse a la mitad, los pagos por ese concepto para que el gobierno incremente su capacidad de gasto público en un 20% durante los próximos tres años. En este aspecto, Brasil ha logrado crédito de los organismos multilaterales y gobiernos desarrollados por un valor de 45.000 millones de dólares para hacer frente a su crisis actual. Bastaría que Venezuela pudiera recibir unos 4.000 o 5.000 millones de dólares, para aligerar considerablemente las dificultades que deberá afrontar la nueva administración.

Concluyo aquí esta breve síntesis del muy complejo cuadro que hoy presenta la economía nacional dando algunas sugerencias para afrontarlo.

EL ENTORNO INTERNACIONAL

Después de haber vivido durante el año de 1997 un vigoroso proceso de crecimiento económico real, acompañado de un auge de las ganancias acumuladas en el sector financiero, tanto en la actividad bursátil como en los mercados de divisas, la economía mundial ha presentado durante el presente ejercicio anual de 1998, un conjunto de vicisitudes críticas que han motivado un cuadro general de marcada inestabilidad e incertidumbre, cuyas causas se inician con el estallido, a partir del mes de enero, de la profunda crisis que azotó a los países del sudeste de Asia, hasta entonces los de más acelerado crecimiento en todo el ámbito global.

Durante el primer trimestre del año, los países desarrollados, en particular los Estados Unidos, lograron capear el temporal mediante un impresionante crecimiento de su consumo interno y el retorno de importantes masas de capital proveniente de los países afectados por aquella crisis, todo ello, acompañado con un considerable crecimiento de los índices bursátiles.

Ya para el segundo trimestre, sin embargo, comenzaron a operar tendencias al deterioro de la actividad económica global. La tasa de crecimiento económico, que había sido en los Estados Unidos de 3,0% del PIB, durante el primer trimestre, cayó a un 0,6%. A partir de julio, comenzaron a caer también las cotizaciones bursátiles coincidiendo con la aparición de tendencias recesivas de la economía real. Dicha situación se agravó considerablemente en agosto, como resultado del imprevisto colapso de la economía rusa. En un mes, la bolsa de New York perdió todas las ganancias acumuladas durante el año, el sistema bancario fue duramente golpeado y, se acentuaron los temores de una recesión internacional.

Esos acontecimientos afectaron fuertemente a Venezuela y a toda América Latina. Bajaron, tanto la demanda mundial, como los precios del petróleo y de todas las demás materias primas; mientras que, simultáneamente, se cerraron los mercados financieros internacionales para nuestros países, lo que restringió, seriamente, el ritmo de la actividad económica en la región y condujo a la caída de sus índices bursátiles.

En ese contexto, la economía venezolana ha llevado la peor parte. El derumbe de los precios petroleros echó por tierra las expectativas de crecimiento que, como ya fue señalado, se nutrían a fines de 1998, motivando una fuerte caída del ingreso fiscal, con los graves efectos económicos, sociales y políticos que todos conocemos, incluyendo la caída de la Bolsa de Valores de Caracas a niveles inferiores a los de todas las otras de América Latina.

Durante el presente mes de noviembre, se ha venido produciendo una fuerte recuperación de las cotizaciones bursátiles en los Estados Unidos y en los países de la Unión Europea, así como síntomas de mejora de la recuperación financiera del sudeste de Asia. Mientras tanto, se mantiene inalterado el cuadro recesivo de América Latina.

Hay que señalar sin embargo, en contrapartida, que ese proceso de reactivación financiera en el mundo desarrollado y el sudeste de Asia, ha estado acompañado de otros procesos que parecen señalar un deterioro de la situación económica real de dichos países. En primer lugar, se ha producido una notoria caída del consumo en todas partes, con excepción de los Estados Unidos, donde éste se mantiene, pero acompañado por una tasa de ahorro negativa, que motiva preocupaciones acerca de su sostenimiento a mediano plazo, en segundo lugar, por una caída de la producción y del empleo industrial; en tercer lugar, por una disminución del comercio internacional; en cuarto lugar, por una notoria contracción de las tasas de ganancias; y, finalmente, por la acentuación de la caída de los precios de las materias primas que, si bien favorecen la actividad económica en los países desarrollados, operan como una variable estimulante de la contracción del comercio internacional.

Estas últimas tendencias, en el comportamiento de la economía real del mundo globalizado, tienen a mi juicio, mayor relevancia que los indicadores de la recuperación de los índices financieros. Opino así, porque considero que contribuyen a reforzar la tendencia secular al estancamiento económico del sistema mundial que viene operando desde comienzos de los años setenta, es decir, durante todo el periodo de vigencia del llamado proceso de globalización.

En efecto, durante la década de los sesenta, que precede a dicho proceso, la tasa de crecimiento de la economía mundial fue de 5,2%; para la de los setenta descendió a 3,8%; en los ochenta cae aún más, a 2,8%. Finalmente, durante la primera mitad de los noventa siguió bajando hasta un 2,0%. En 1996 y 1997 pareció haberse producido una reversión de dicha tendencia, con tasas de 3,0% y 3,5% respectivamente. El resultado de 1998, cuando el crecimiento de la economía mundial volvió a situarse en 2,0% y las proyecciones de la misma cifra para 1999 parecen indicar que, la tendencia histórica recesiva se sigue manteniendo.

Uno de los indicadores que podría contribuir al agravamiento de esa tendencia es, precisamente, el comportamiento de la demanda internacional de materias primas. Todo parece indicar que, seguirá cayendo durante los próximos años. En cuanto al mercado petrolero acabamos de leer que nuestro Ministro de Energía y Minas, hasta hace poco rebosante de optimismo respecto al futuro de

los precios del petróleo, estima ahora que "seguirán bajos al menos por los próximos dos años".

Concluimos aquí esta rápida visión de las perspectivas del entorno internacional señalando que, en ese aspecto son definitivamente preocupantes las expectativas del nuevo gobierno. Al menos "durante los próximos dos años", sin descartar la eventualidad de que pudiera producirse una considerable agravación del cuadro económico internacional que conduzca a una posible depresión.

Llegados a este punto, en el que las recomendaciones para la política económica nacional resultan particularmente difíciles, me limitaré a las siguientes sugerencias:

- Acentuar desde ahora, políticas estimuladoras de crecimiento hacia adentro, impulsando decididamente la reestructuración del aparato productivo nacional.
- Mantener un programa permanente de seguimiento de la evolución de la economía mundial y de sus perspectivas de crecimiento, con la finalidad de poder anticipar la necesidad de realizar, sobre la marcha, acciones correctivas al Programa estratégico Nacional que sea decidido.
- Preparar un programa de Contingencia, para afrontar la eventualidad de una Gran Depresión Internacional. Particular importancia reviste en este aspecto, el reforzamiento de nuestros sectores agrícola e industrial.